

# El comercio en la historia de la humanidad

**E**l comercio es el puente que une la producción con el consumo. Desde la Antigüedad se observa que los seres humanos han intentado comprar y vender los productos y servicios que eran capaces de elaborar. La distribución comercial permite materialmente realizar la compra y venta con un componente económico –oferta, demanda y precio– y permitiendo que el producto esté disponible en el momento y en el sitio que lo requiere el consumidor.

Abundemos en esta idea que ilumina todo el recorrido del libro. Ante todo, es importantísimo señalar que el comercio extiende puentes entre la producción y el consumo. Es decir, hace frente a los problemas de separación espacial entre los sitios donde se producen los bienes de consumo y los lugares en los que se desea comprarlos y consumirlos.

El comercio también aborda el problema de la separación temporal. El consumo es algo que realizamos continuamente, mientras que la obtención y elaboración de los productos se realiza en determinadas épocas del año (sobre todo, en productos alimentarios frescos). Este problema temporal lleva a la necesidad del almacenamiento y al arbitraje de los precios.

Una tercera cuestión básica es que los productores tienden a la especialización y fabricación en grandes cantidades, mientras que los consumidores requieren una gama relativamente amplia de bienes en pequeñas cantidades.

Todas estas consideraciones previas llevan a considerar que la actividad comercial supone la realización de funciones materiales, espaciales, temporales, económicas...

En definitiva, se incorpora valor a los bienes añadiéndoles servicios. Estos pueden ser muy rudimentarios, como en los albores de la civilización, o cada vez más complejos, como en las sociedades modernas, pero siempre hay un proceso que permite que el producto llegue del productor al con-

sumidor. Ahí aparece, de forma inexorable y precisa, el comercio, como se puede ver en el recorrido de estas páginas.

A lo largo de la historia de la humanidad siempre se han desarrollado estas funciones, aunque haya sido de forma muy rudimentaria. En este sentido, podemos escribir que *"nihil novo sub sole"* ("nada nuevo bajo el sol") en materia de comercialización. Ahora bien, los caminos y las formas para trasladar los bienes y servicios sí que han cambiado a lo largo de los siglos, y muy especialmente en las últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI.

El gran desafío de este libro es pasear libremente por los amenos vergeles de la historia y evolución del comercio hincando las raíces del análisis en los componentes tradicionales y modernos que siempre configuran un panorama de contemplación sumamente interesante. Se trata de un análisis apasionante y efervescente enroscado en la tradicional apreciación latina que señala con elegancia *"nos sumus tempora"*.

Efectivamente, nosotros somos los tiempos y cambiamos el devenir de los acontecimientos y, en nuestro campo, de las formas de vender y comprar los bienes y los servicios.

Hay que tener en cuenta que no se trata de realizar un análisis histórico de las guerras, las cortes, los reyes y emperadores o de los conflictos diplomáticos. Se intenta penetrar en los intersticios de la intrahistoria. De cómo las personas corrientes han ido comprando, vendiendo, consumiendo..., a lo largo del tiempo que lleva el ser humano sobre la tierra.

El gran objetivo de este libro es penetrar en los hechos comerciales y sociales que se estratifican en profundas capas y permiten interpretar cómo vivía la población en las diversas etapas de la historia.

Los sucesos que pasan y se pierden, las hazañas de caballerías y el comportamiento político de los poderosos, incluyendo las intrigas palaciegas, impregnan cualquier manual de historia. La visión de este trabajo es absolutamente diferente. Se ha afirmado que el cocinar nos convierte en personas. Pues bien, el comerciar nos convierte en organizadores y vertebradores de la sociedad.

El libro se divide en siete capítulos, además de esta introducción. Comienza con una revisión del comercio en la Antigüedad, para pasar a las claves comerciales en el mundo hispanorromano, la Edad Media, las rutas comerciales y el despertar de la Edad Moderna, desde el descubrimiento de América hasta el siglo XVIII, las turbulencias del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, las erupciones volcánicas de la segunda mitad del siglo XX y las tendencias del siglo XXI en un marco tecnológico absolutamente nuevo.

Los nubarrones oscuros con que se inician los años veinte de este siglo establecen nuevas coordenadas de contemplación del sector comercial desde una perspectiva estratégica y básica para el abastecimiento de las sociedades en crisis sanitarias y económicas.

Se ha comentado en muchas ocasiones que la economía es una ciencia lóbrega y oscura al tratar del problema de la escasez. Sin embargo, esta historia de los hechos comerciales pretende ofrecer una visión distendida y tamizada por un cierto, y saludable, sentido del humor de la evolución de los acontecimientos comerciales a lo largo de los siglos.

En la línea de lo planteado por Pigou, la economía y casi todas las ciencias pueden tener elementos divertidos. Ese es el gran objetivo de este volumen contando con el permiso del amable lector. Alejandro Dumas señala, con notable causticidad, que los únicos que leen libros de historia son los historiadores cuando leen las pruebas de imprenta de sus obras. Estas palabras abruman, pero el autor tiene dos vías de escape: no somos historiadores sino entusiastas estudiosos del comercio y nos hemos dedicado a analizar con profundidad y esmero todas las fuentes históricas disponibles sobre la evolución de la actividad comercial.

En definitiva, asumimos el reto planteado por Anatole France cuando señala que todos los libros históricos que no contienen mentiras son mortalmente aburridos. En este libro se intenta hacer un recorrido por los hechos verdaderos y hay una tremebunda obsesión por hacerlo de forma entretenida, alejándonos presurosamente de las tinieblas de lo plúmbeo y aburrido.

Si el contenido se enmarca en la claridad y accesibilidad intelectual, un sentimiento de satisfacción debe embargar al autor, aunque la aproximación a lo cotidiano incurra en los *primores de lo vulgar*, según la majestuosa expresión de Ortega y Gasset. Este mismo autor señala que la historia es el sistema de las experiencias humanas y reconstrucción de la estructura del drama que se dispara entre el hombre y el mundo. Este alejamiento de una visión psicologista de la historia permite colocar con holgura y plenitud las relaciones comerciales como grandes ejes de las experiencias humanas. Es lo que permite una concepción, siguiendo los términos de Julián Marías, inteligible de la historia del comercio.

Por otra parte, parece deseable importar las técnicas de los actores de teatro para poder escribir este libro. Stanislavsky escribe acerca de la memoria sensorial y de la memoria emocional para conseguir un actor-creador. Se trata de recrear la presencia de objetos y vivencias con un realismo reflexivo. El actor se convierte en el personaje al actuar como este. En definitiva, el actor se desprende del “aquí y ahora de su vida” para sentirse poseído por el personaje. Cambiando lo que haya que cambiar, el autor debe sentirse poseído por los paisajes comerciales, económicos y sociales de las diversas épocas. Somos estereros o comerciantes, fenicios, romanos, árabes, visigodos, ambulantes de la Edad Media...

Como poco, debemos ser capaces de contemplar las correspondientes tiendas, zocos, *macellum*, hórreos..., como si estuviéramos dando un paseo real por las calles, plazas, soportales y tenderetes correspondientes. Se trata de un imaginario viaje por el tiempo en el que penetramos en los intersticios de todas las realidades económicas y sociales que tienen que ver con el comercio. Ese es el reto insoslayable que abordamos con respeto, pero con mucho entusiasmo.

Las flechas metodológicas que acabamos de plantear nos invitan a una serie de pautas de actuación en la escritura, como son la no utilización de fuentes que puedan quebrar la fluidez del relato y desviarnos de la diana de la claridad expositiva. En consecuencia, se evitan los cuadros, gráficos y referencias a artículos y libros en el texto. La notable ayuda de algunas fuentes bibliográficas origina un apéndice específico al final del trabajo.